

POSTERIDAD E INMORTALIDAD

Francisco Javier Carrillo Montesinos

Podría afirmarse que el deseo de pasar a la Posteridad *post mortem* o en vida es una alteración del raciocinio, mientras que aspirar a la Inmortalidad corporal es una aparente sinrazón salvo que medie la creencia en una supra conciencia eterna que nutre el espíritu de cada persona desde el exterior de ella misma. La Ciencia está en ello en la hipótesis de convergencia con la Fe, de la mano de la Razón. De ahí que pueda sostenerse una «nueva filosofía» metafísica, basada en observaciones físicas, clínicas, y en los llamados fenómenos paranormales que escapan al análisis científico. La historia del pensamiento, desde los más remotos orígenes del Planeta Tierra hasta el presente de la Inteligencia Artificial (IA), se ha desarrollado en el interior de una «burbuja blindada» en la que tiene lugar la evolución de las especies, con un gran ventanal abierto al cosmos, a los universos, en ellos inserta. De ahí que lo que se encuentra al «exterior» de la «burbuja» haya repercutido en la evolución del pensamiento que se fue alimentando de sucesivas «cosmovisiones», al tiempo que la persona fue descubriendo la alteridad y la interacción a través del proceso de formación de las sociedades sucesivas, desde la de pequeña escala hasta las de gran escala tecno-estructurales. Sin embargo, la «burbuja blindada» se perpetuó al no haber podido alcanzar el pensamiento intra terráqueo comunicación con el pensamiento de otras «burbujas» cósmicas que ignoramos si son cerradas o abiertas.

La evolución del ser humano, y de todo lo que tiene a su alcance, se desarrolló estrictamente en el interior de una «burbuja cerrada», creando su propia inteligencia sin poder contrastarse con otras inteligencias en los universos. Acotó parcelas, inició la alteridad. Las estructuras creadas fueron las fuentes originarias de las culturas, de la primitiva arquitectura, de la economía, de la organización social, de las relaciones humanas jerarquizadas, de la adoración del sol, la luna y las estrellas, de la creencia en los mitos contruidos, tótem y tabú, y del arte que hasta nuestros días sigue atrapado en el interior de la «burbuja cerrada», en donde se iniciaron guerras de supervivencia y de conquistas. De la subsistencia y el trueque, se pasó al mercadeo que valora, según la mitología del instante, y pone precio, a un objeto artístico o a un misil. Aún más, define lo que es arte y lo que no lo es. Los criterios de evaluación son arbitrarios por el solo hecho de estar atrapados en una «burbuja cerrada». ¿Cómo se valora la sublime belleza de un lirio cuya semilla es reproductiva por sí misma y sin derechos de autor, en relación con la belleza magna, irreproducible, de *La Pietà* de Miguel Ángel o el *Arlequín* de Picasso, que son exquisitas recreaciones? La «burbuja cerrada» ha generado grandes pensadores y artistas en prisión; no tuvieron la oportunidad de debatir y contrastar pareceres con otras inteligencias, aunque se abastecieron de la inspiración de la supra-conciencia, que es denominador común (hipótesis razonable) de todos los universos. De ahí, que aquí echó raíces el bien y el mal. Es de suponer que el gran problema en la Tierra, con guerras, hambre, desigualdades manifiestas,



UN MONUMENTO DEDICADO A LA POSTERIDAD, BERNARD PICART, 1720, GRABADO. (BRITISH MUSEUM, BRIDGEMAN IMAGES).

está en no poder interrelacionarse con otras formas de existencia más allá de la membrana de la «burbuja cerrada», en la que las metas y dirección vienen impuestas por los más fuertes y mejor armados.

En este contexto de encierro forzado, también hay refugios de paz, solidaridad y fraternidad para los 8 mil millones de habitantes en la etapa actual. La demografía histórica no va mucho más allá, pues afirma no poder calcular población en un 91 por ciento desde la formación de la Tierra. Sin embargo, con método complejo, se ha llegado a estimar la población mundial desde los orígenes en 110 mil millones que ha vivido dentro de la «burbuja cerrada», acompañados, en

su gran mayoría por cosmovisiones que influían en su forma de vivir y de hacer. Se conoce algo más, pero muy poco, desde la Era Axial.

La Inmortalidad en un «más allá» parece fue creencia mayoritaria en la historia de la humanidad y se manifestó en prácticas culturales tales como las constatadas en la civilización egipcia y en las de las religiones monoteístas, aunque no sólo en ellas. La arqueología ha corroborado tales creencias. En tal sentido, queda como anecdótico la afirmación del Cardenal Richelieu que, con motivo de la fundación de la *Académie Française*, afirmó: «Los académicos son inmortales». Lo sorprendente es que muchos de ellos y de aquellos, aquí, allá y acullá, se



ALLEGORÍA DE LA INMORTALIDAD, GIULIO ROMANO, 1540; OIL ON CANVAS, SIN FECHA. (DETROIT INSTITUTE OF ARTS, USA. BRIDGEMAN IMAGES).

lo creyeron. Cabe interpretar que Richelieu se refería a la continuación de la existencia —por la producción intelectual— en la Posteridad: libros, descubrimientos científicos, retratos, esculturas, nombres de calles, de escuelas, de salas de hospitales, de recintos universitarios... son los lugares de supervivencia de personas ilustres o menos ilustres por diversos motivos.

Sin embargo, buscar Posteridad es obsesión que traduce un comportamiento malsano, que incide y obnubila la conciencia del ser y del estar al entrar en abierta contradicción con la hipótesis indemostrable de una super conciencia que todo nutre y que impide que los mares se desprendan del globo terráqueo por lo que se convino en

llamar gravitación universal en brillante investigación en el interior de la «burbuja cerrada». Ciertamente es que los obsesionados por la Posteridad pueden llegar a acariciar en vida su reflejo auto-complaciente y autorreferencial; incluso durante algún paréntesis de la intrahistoria. Sería patológico confundir Posteridad con Inmortalidad. El lenguaje es muy explícito: suele decirse: «Pasó a la Posteridad», semiótica encerrada en la «burbuja». No es nada habitual la expresión: «Pasó a la Inmortalidad», salvo si la palabra se coloca más allá de las fronteras de la «burbuja cerrada» y se retrotrae al encuentro (hipótesis de trabajo) con el fonema pre cósmico y con la palabra original que fecunda fuera de la Historia.

El terreno por el que caminamos llega a demostrar hasta dónde es capaz de llegar la mente humana sin conciencia de sus limitaciones objetivas. Ciertamente es que la Inmortalidad es una aspiración *post mortem* en casi todos los seres humanos sumidos en un misterio difícil de penetrar y que sigue tomando cuerpo como hipótesis razonable en la dialéctica tripartita: Ciencia, Razón y Fe. Sin embargo, la Posteridad tiene un alcance socialmente más limitado de carácter egocéntrico y más propio de niveles sociales que se consideran superiores. Es prácticamente inexistente en la calificada como clase media o en la clase trabajadora, que piensan, sienten e incluso aman de otra manera.

Como conclusión provisional: ¿Llegará la Inteligencia Artificial (IA) a navegar, y no con naves espaciales, con la inteligencia que se

encuentra más allá de los límites de la «burbuja cerrada», siendo la IA recreación de esa misma «burbuja» como lo es toda cultura? ¿Logrará la IA encontrar la palabra más allá del contexto de los universos? ¿Desvelará la IA el misterio de la Inmortalidad y, por ende, la hipótesis de una supra conciencia permanentemente fecundadora? Es de lógica sostener que la IA será endogámica como lo es su inicio y será su desarrollo, al igual que es absolutamente endogámica la Posteridad, deseada o concedida, puro subproducto de esta fábrica encerrada. Puede sostenerse que la Inteligencia Artificial (IA), aunque llegue a amenazar a la libertad, no subyugará a la conciencia, que es la brújula con mayor belleza del espíritu, de la imaginación, de la dignidad y de la condición humana. Para el bien o para el mal. ●